

los ingleses, á quienes había mandado aviso, para inventariar con ellos el magnífico hallazgo; y habiendo aquéllos llegado al poco tiempo, nombróse una comisión mixta que intentó clasificar las principales de tales maravillas: los objetos más preciosos fueron reservados para los soberanos y las colecciones públicas; otros para los generales y jefes de servicio; y en cuanto á los lingotes de oro y de plata destinóse su valor á ser repartido como presa de guerra. Hasta entonces habían prevalecido las reglas de la disciplina; pero éstas no habían de ser respetadas mucho tiempo más.

Desde por la mañana circulaban por el campamento toda clase de rumores fantásticos; alrededor del recinto, cuidadosamente guardado, agrupábanse los soldados libres de servicio, y cuando alguno de sus camaradas, que desempeñaba el cargo de ordenanza ú otro, entraba con un permiso especial ó salía cargado con un paquete precioso, despertábase su curiosidad y con ella su codicia. Los relatos que de boca en boca circulaban añadían á la realidad las más quiméricas exageraciones. Poco á poco las conversaciones se animaron: ¿qué, no traerían nada de tan largo viaje? A todo esto, corrió el rumor de que numerosos ladrones chinos, valiéndose de las escaleras de los cuñes, habían saltado por varios sitios la muralla y procedían por su propia cuenta á apoderarse del botín. Aquello era ya el colmo; ante la idea de que el enemigo se apropiaría las riquezas que para él custodiáramos, acalláronse todos los escrúpulos y se consideró que persistir en aquella moderación sería tontería solemne. ¿Cedió la consigna ó fué abiertamente violentada? No se sabe; lo cierto es que mucho antes de que anoheciera, sea por tácita tolerancia de los jefes, sea por imposibilidad de mantener las prohibiciones, la residencia imperial fué invadida por todas sus puertas.

Más que un saqueo, fué aquello un gigantesco despilfarro. Nuestros soldados, que jamás habían soñado tales esplendores, mostrábanse perplejos y cogían unos objetos para luego tirarlos y volver á cogerlos; la misma abundancia les desconcertaba, y después de vacilar largo rato, pocas veces se apoderaban de las cosas más raras ó más preciosas, y aun de lo que tomaban, una parte se les caía por el camino. De regreso en el campamento, hacían cambalaches, revendían, daban y destruían, entre risotadas y bromas interminables; envolvíanse en piezas de seda y se adornaban con bordados y piedras preciosas, y al mirarse unos á otros se lanzaban mil chuchufetas. Pero, á todo esto, ninguno se preguntaba cómo se llevaría aquellos tesoros, y en realidad de verdad, dada la magnitud del botín, fué muy poco lo que se llevaron. Estos actos de indisciplina redundaron en menoscabo del buen nombre del ejército, y los ingleses, muy atentos á notar los defectos ajenos, censuraron enérgicamente más adelante aquella culpable tolerancia de sus aliados. Preciso es confesar que ellos tuvieron sobre nosotros una ventaja, no la de no robar (pues robaron tanto como nosotros), sino la de hacerlo con espíritu de conservación, cual corresponde á gentes acostumbradas de antiguo á desbalijar á los pueblos lejanos y á revestir sus mismos vicios de una forma metódica, decente, regular, que se asemeja á la virtud.

Aun en medio de aquellas licencias pasajeras, un pensamiento grave entristecía los ánimos, á saber, la idea de los compañeros de armas que estaban en poder de

los chinos. ¿Cómo hubiera sido posible substraerse á este recuerdo? En uno de los kioscos del Palacio de Verano se habían encontrado algunas sillas de montar inglesas, varios objetos de equipo, un cuaderno con el nombre del oficial contador Ader y un uniforme de artillería que había pertenecido al coronel Foullon-Grandchamps. ¿Después de qué peripecias habían llegado aquellos infelices á esos lugares? ¿Habrían sucumbido? ¿Habrían sido trasladados á otro sitio? Nadie lo sabía. De Pekín llegaban noticias de todas clases: unas decían que el emperador y sus ministros habían huído hacia el Norte; otras aseguraban que Sang-ko-lin-sin y sus tropas habían desaparecido; pero respecto de los rehenes subsistía la duda alarmante. El 8 de octubre el barón Gros escribía en su *Diario*: «No me cabe la menor duda de que en su mayor parte han sido sacrificados, y el príncipe Kong, juzgándonos por lo que él mismo es, teme que ejerzamos crueles represalias si conocemos la suerte de nuestros desventurados compatriotas antes de haberse firmado la paz (1).» El día 9 comparecieron en el cuartel general algunas de las víctimas, á saber: los Sres. Parkes, Loch y De Escayrac de Lauture, un soldado inglés y cuatro soldados franceses, por quienes se supo lo que ya había de suponerse dado el humanitarismo de los chinos, es decir, que aquellos cautivos, objeto de tantas consideraciones, según afirmaban nuestros enemigos, habían sido durante el trayecto de Tungchao á Pekín insultados, golpeados, torturados de mil maneras y en varias ocasiones amenazados de muerte. Sólo en estos últimos días habíase modificado aquel trato, sin duda por el terror de las represalias europeas (2). El Sr. Parkes y los demás prisioneros nada pudieron decir de sus compañeros de infortunio, de los cuales habían sido separados desde un principio. Los despachos del príncipe Kong que en los días siguientes se recibieron dejaron traslucir, en medio de sus intencionadas vaguedades, una parte de la realidad, pues en ellos se hablaba «de cuidados que habían de prodigarse á los heridos y de investigaciones que debían hacerse respecto de los que *habían desaparecido*.» ¿De modo qué había europeos *desaparecidos*? ¿Qué significaba este eufemismo? La confesión que el príncipe Kong no quería hacer escapósele á uno de los subcomisionados, quien con toda la torpeza de un subalterno pronunció estas siniestras palabras: «*Los ataúdes son muy decentes* (3).» Y en efecto, dos días después llegaron los ataúdes al campamento y desfilaron por delante de las tiendas, en medio del horror y de la conmiseración universales. Abiertas las cajas mortuorias, vióse que los que habían sucumbido eran: de los franceses, el coronel Foullon-Grandchamps, el intendente militar Dubut, el oficial contador Ader y tres soldados; y de los ingleses, el Sr. de Norman, el teniente Anderson, el Sr. Bowlby, corresponsal del *Times*, y trece soldados (4). Los médicos militares,

(1) *Journal* del barón Gros, pág. 129.

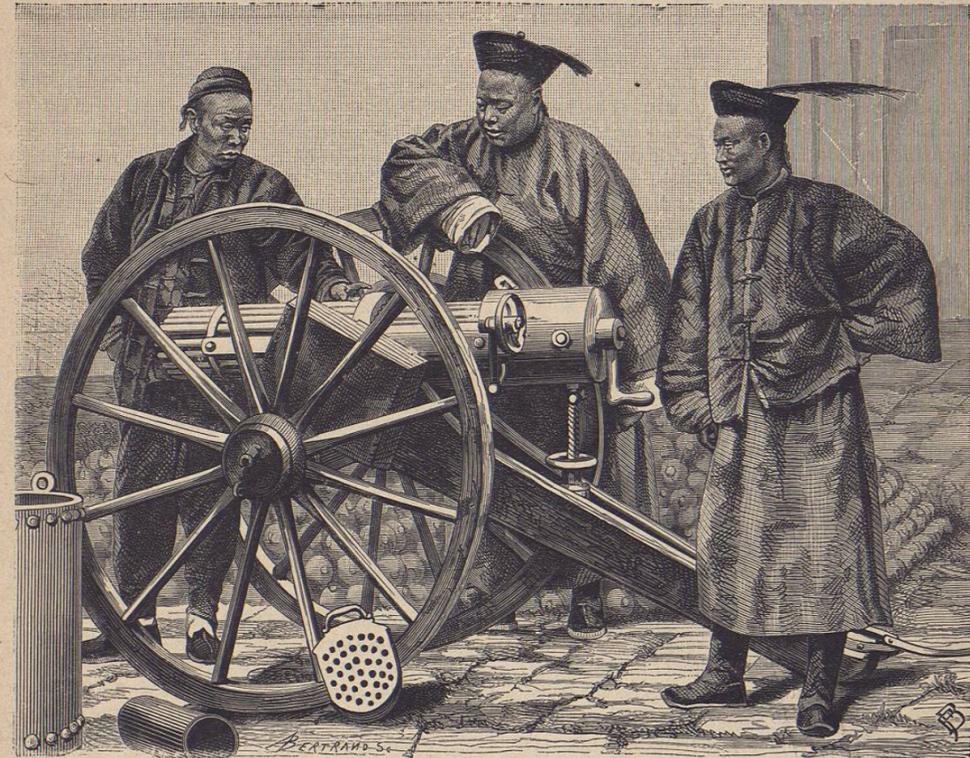
(2) Véase el informe del Sr. Loch, de 9 de octubre de 1860, y el del Sr. Parkes, de 20 de octubre (*Correspondence respecting the affairs in China*, págs. 190-195 y 226-244). Véanse también varios testimonios (*Correspondence*, etc., págs. 197-198). — Relato del Sr. De Escayrac de Lauture (*Monitor* del 31 diciembre de 1860).

(3) *Journal* del barón Gros, pág. 131.

(4) Informe del coronel Foley, comisionado británico en el cuartel general francés, de 26 de octubre (*Correspondence respecting the affairs in China*, pág. 247).

con laudable valor, desnudaron los cadáveres y en aquellos restos, menos desfigurados por la corrupción de la muerte que por los tormentos de los verdugos, pusieron á contar las huellas de las ligaduras y las espantosas señales de los tormentos y de los suplicios. De todos los rehenes sólo tres no fueron devueltos muertos ni vivos: el padre Duluc, el capitán inglés Brabazón y un soldado francés. ¿Serían éstos los «desaparecidos» de que hablaban los chinos en sus hipócritas despa-

comisionado Hang-ki presentóse en el campamento de los aliados, y después de una viva discusión, accedió á la ocupación de la puerta; y aquel mismo día dos fuertes destacamentos sacados de ambos ejércitos se instalaron en las murallas, en medio de una apretada multitud que los agentes de la policía apartaban á latigazos. La sorpresa era igual para ambas partes: para los nuestros, que jamás pudieron soñar tan fabulosa conquista, y para los indígenas, que no podían convencerse de que



Ejército chino. — Artilleros

chos? Nunca más se ha sabido nada de ellos, pero de lo dicho por dos sacerdotes chinos puede inferirse, casi con certeza, que fueron decapitados por un jefe tártaro en la noche de la derrota de Palikiao.

En tan conmovedoras circunstancias habían llegado al fin los aliados ante las murallas de Pekín, después de haber buscado en vano á los ejércitos tártaros. Una vez allí, intimaron á las autoridades chinas para que les entregaran una de las puertas de la ciudad, y á fin de que no se considerara vana la amenaza, instaláronse por la parte de la puerta Anting dos baterías dispuestas á romper el fuego contra los espesos muros. ¿Intentarían los chinos, hasta entonces vencidos, probar fortuna por última vez? En los primeros momentos no pudo apreciarse en su conducta ningún síntoma de sumisión ni de resistencia, pues si bien no se oponía obstáculo alguno á nuestros preparativos, en cambio guarnecían las almenas numerosos tártaros, entre curiosos y hostiles. Mas aquella incertidumbre duró poco. El día 13, el sub-

los *bárbaros del Occidente* hubiesen llegado á ser sus huéspedes y sus amos.

¿Vendría al fin la paz, la paz definitiva, la que se quería traer á Europa? Los chinos tienen prodigiosos subterfugios para negar la guerra cuando han sido derrotados; así es que apenas instalados los europeos en las murallas, ya el príncipe Kong se dedicaba á transformar el título de su conquista, llamando convenio amistoso á lo que era capitulación y afirmando que los batallones que habían entrado en Pekín eran la escolta de honor destinada á acompañar á los embajadores encargados de ratificar la paz. «Acabo de saber, escribía al barón Gros en 14 de octubre, que han entrado hace poco en la ciudad los soldados de la escolta de Vuestra Excelencia; la sensata disciplina que observan ha tranquilizado á la población (1).» A poco más, habría representado á los

(1) *Correspondance* del barón Gros, pág. 146. — Véase también *Correspondence respecting the affairs in China*, pág. 208.

soldados aliados como guardias de orden público, como auxiliares de su soberano. ¿Qué nueva superchería nos preparaba á última hora la diplomacia china?

En estas circunstancias, lord Elgin consideró conveniente reducir con un golpe de violencia brutal á aquellos enemigos capciosos que negociaban siempre y nunca se rendían.

El embajador inglés, con la altivez propia de su carácter y de su nación, habíase mostrado en más de una ocasión contrario á la política de contemplaciones. En aquellos últimos tiempos la emboscada de Tung-chao le había exasperado, y, en su concepto, la reciente matanza de los rehenes no sólo autorizaba la severidad, sino que además la imponía so pena de incurrir en debilidad. ¿Qué diría Inglaterra al saber el asesinato de sus hijos? ¡Y cómo clamaría la prensa de todo el mundo cuando se enteraría de la muerte del corresponsal del *Times*, cobardemente asesinado! Desde hacía varios días, lord Elgin vacilaba entre los diversos rigores que su irritación le sugería. De buena gana habría pedido que le entregaran á los asesinos; pero ¡á qué conduciría esto! Le entregarían algunos mandarines secundarios, cogidos al azar, infelices comparsas que sería una crueldad castigar y una imprudencia absolver. A falta de esta reparación, otro proyecto habría halagado el orgullo de lord Elgin, la creación de un monumento expiatorio en una de las plazas de Tien-tsin, como solemne testimonio de la solicitud de Europa para vengar sus injurias; pero el barón Gros le hizo desistir de tal propósito. «Esto sería, dijo, eternizar la humillación; pero sería también hacer eternos los odios.» Sin embargo, el Palacio de Verano aún subsistía; allí habían estado los rehenes y allí habían sin duda sufrido, puesto que en aquel sitio se habían encontrado sus huellas; aquella, finalmente, era la residencia favorita del emperador. Destruir el palacio sería, por consiguiente, aterrorizar á la dinastía sin enajenarse las simpatías de la nación, llevar la venganza á la mayor altura á que podía ser llevada. También contra esto protestó el barón Gros, quien, tan circunspecto como fogoso era su colega, temía exasperar á los chinos y temía además que el príncipe Kong desapareciera, como había desaparecido el emperador, y que no se encontrase autoridad regular alguna con quien entablar negociaciones: «Y en este caso, repetía con inquietud, ¿qué podríamos hacer sino invernar en Pekín? ¡Y á qué peligros no estaríamos expuestos durante este largo invierno, lejos de nuestra base de operaciones, no siendo, como no somos, más que un puñado de hombres perdidos en el inmenso imperio!» «Estamos quizás más comprometidos de lo que es menester,» escribía en 16 de octubre á lord Elgin; y en sus notas íntimas, trazadas día por día, agregaba: «Mi colega de Inglaterra paréceme que quiere llevar las cosas muy lejos. ¿Se propondrá acaso derribar á la dinastía para apoyar á los rebeldes de Nan-kin (1)?» Montaubán compartía todas las aprensiones del barón Gros; pero el imperioso embajador de Inglaterra no era de los que ceden á los consejos: su espíritu, solicitado por la ambición y por la cólera, acariciaba vagamente toda clase de designios, como aprovecharse de las di-

(1) Véase *Correspondance et Journal* del barón Gros, páginas 144, 147 y 148.

sensiones de la China, consolidar en ella la influencia británica y preparar allí una especie de protectorado; de modo que las sospechas del barón Gros eran pura perspicacia. El 18 de octubre, los instrumentos de la venganza inglesa partieron para el Palacio de Verano; á las cinco viéronse hacia el Norte espesas nubes de humo y después las llamas avivadas por el viento iluminaron durante toda la noche la campiña. Las órdenes de lord Elgin quedaban ejecutadas (2).

IX

Con los asiáticos nada hay más convincente que la fuerza bruta, nada da mejores resultados que el hecho consumado; así el acto de osadía de lord Elgin vióse justificado por los acontecimientos. «Temo, escribía el barón Gros al recibir la primera noticia del incendio, que este acto de venganza inútil y salvaje asuste al príncipe Kong y le impulse á huir á Tartaria (3).» Mas, lejos de esto, el príncipe no sólo no huyó, sino que se convenció de la inutilidad de los subterfugios: en efecto, no se había extinguido aún el incendio, cuando el día 19 llegó al campamento francés un despacho del negociador chino, el primero concreto y categórico, que contenía una aceptación formal de todas las proposiciones de los aliados.

Por fin contaban éstos con algo positivo. El barón Gros aprovechó gustosísimo aquella coyuntura, y lord Elgin, aunque con alguna mayor altivez, también cedió en su intransigencia, siendo en su consecuencia reproducido el convenio firmado en Tien-tsin en 27 de junio de 1858, bien que con una porción de artículos adicionales contenidos en un documento aparte. Del conjunto de las cláusulas del tratado derivábase un principio general hasta entonces rechazado en Pekín, cual era el de la igualdad entre el Celeste Imperio y las demás naciones europeas; y en este sentido se estipulaba que los agentes diplomáticos de las dos potencias aliadas podrían ir á la capital siempre que algún asunto importante requiriese su presencia en ella (4). Un artículo especial consagraba el disgusto y las excusas del gobierno chino por el malaventurado asunto de los fuertes del Pei-ho (5); á los cinco puertos abiertos ya al comercio extranjero se añadían otros seis (6), y además se hacía extensiva igual franquicia á la ciudad de Tien-tsin (7). Varias minuciosas disposiciones determinaron la situación y los privilegios de los ciudadanos de ambas naciones que se establecieron en China, disponiendo que sus propiedades serían inviolables; que serían protegidos en sus empresas contra toda clase de vejaciones; que podrían fundar á su voluntad escuelas, templos, hospicios y cementerios; que se regirían por las leyes criminales de su país, y que las cuestiones comerciales ó civiles entre sus respectivos nacionales serían resueltas por los cónsules sin inmixción alguna por parte de

(2) Véase el despacho de lord Elgin á lord Russell de 25 de octubre de 1860 (*Correspondence, respecting the affairs in China*, páginas 213-215).

(3) *Journal* del barón Gros, pág. 150.

(4) Artículos 1.º y 2.º

(5) Artículo primero (Convenio adicional).

(6) Artículo 6.º

(7) Artículo 7 del tratado adicional.

las autoridades chinas (1). Una cláusula especial aseguraba en toda la extensión del imperio chino el ejercicio pacífico de la religión cristiana y la libre propaganda de los misioneros (2). Además de las varias indemnizaciones consentidas en provecho de Inglaterra, se estipuló en nuestro favor una de 60 millones por los gastos de guerra y por los daños causados á nuestros establecimientos mercantiles y á nuestras misiones (3); y aparte de esto, nos dieron los chinos en el acto 1,500,000 francos para las víctimas de la emboscada de Tung-chao y para sus familias (4). Conseguidas estas ventajas, los aliados se abstuvieron de pedir ningún sacrificio territorial; la isla de Chusán, ocupada desde el principio de la guerra, fué restituida, y únicamente los ingleses se hicieron ceder una pequeña lengua de tierra, de una legua cuadrada aproximadamente, contigua á Hong-Kong, que ya desde antiguo poseían á título de arrendamiento.

Las ratificaciones fueron cambiadas en Pekín el 24 de octubre por los ingleses y el 25 por los franceses, y hasta en esta ceremonia solemne se manifestaron las distintas disposiciones de los aliados: lord Elgin mostróse altivo y hasta arrogante con sus enemigos de la víspera, como hombre cuyo programa sólo á medias se hubiese cumplido y que tuviese empeño en dejar en aquellas lejanas regiones una impresión de terror favorable á las empresas ó conquistas del porvenir; por el contrario, el barón Gros, contento de verse libre de tantas preocupaciones y más aún de la proximidad de su regreso á la patria, y poco ganoso de nuevas aventuras cuyos honor y provecho se apropiaría seguramente su colega inglés, puso empeño en que fuera cordial la entrevista con el príncipe Kong, más cordial quizás de lo que autorizaba la emboscada de Tung-chao. Puestos los sellos y las firmas, entablóse una conversación amistosa entre el chino y el negociador francés, quien enseñó complacientemente al príncipe muestras de nuestras monedas, le regaló los retratos del emperador, de la emperatriz y del príncipe imperial y, en una palabra, se mostró sumamente franco y amable, llegando hasta excusarse de no llevar uniforme, por haber perdido los que tenía en un naufragio cerca de Ceylán. A esto contestó Kong con mucha agudeza: «Tampoco yo tengo uniforme: si el agua se tragó los vuestros, los míos han sido destruídos por el fuego.» Con esto aludía al incendio del Palacio de Verano y daba indirectamente las gracias á los franceses, pues en Pekín se sabía que éstos se habían negado á asociarse á la destrucción y por ello queríase atestiguarles especial agradecimiento.

Antes de abandonar aquellas lejanas tierras, era preciso cumplir un doble deber inspirado de una parte por la piedad á los muertos y de otra por la religión de la patria.

Mientras los nuestros visitaban la grandiosa ciudad y abrían sus corazones á la alegría del regreso, en una de las tiendas del vivaque estaban los ataúdes de las víctimas de Tung-chao rodeados de algunos fúnebres cirios. Subsistía aún en Pekín un antiguo y olvidado

(1) Artículos 7 y siguientes.

(2) Artículo 13.º

(3) Artículo 5 del tratado adicional.

(4) *Documents diplomatiques*, pág. 277. — Véase también *Monitor* de 5 de diciembre de 1861.

cementerio católico, en el que se leían al través de la maleza las inscripciones de misioneros tan ilustres como el P. Ricci, el P. Verbiest y el P. Gerbillón, que en otro tiempo habían predicado el Evangelio en aquellos lugares. El respeto que hacía los muertos sienten los chinos había sido causa de que ni siquiera en las épocas de las persecuciones hubiese sido profanada ninguna tumba; y posteriormente, durante la guerra, la protección de la embajada rusa había amparado el piadoso asilo. Considerando que los soldados de la patria hallarían más dulce reposo al lado de aquellos soldados del Evangelio, que también habían sucumbido en extranjero suelo, el día 28 de octubre, seis furgones de artillería, escoltados por nuestros batallones con armas, transportaron los cadáveres al sagrado recinto, no habiéndose omitido en punto á pompa, así religiosa como militar, nada que pudiera grabar en el alma de los sobrevivientes el recuerdo de aquella conmovedora despedida. Cuando los sacerdotes hubieron terminado sus preces, los ataúdes fueron bajados á una fosa bastante grande para recibirlos á todos fraternalmente; y después de una última salva, cerróse la tumba y sobre ella se plantó la cruz, doblemente sagrada en aquel lugar porque era lo único que allí quedaba para perpetuar la memoria de aquellos muertos.

Francia no sólo puso este agosto símbolo del cristianismo en los terronteros de los cementerios, sino que además quiso restablecerlo en las cúpulas de los templos, habiendo sido este el último acto de la expedición. El barón Gros refiere que cuando entraba en Pekín el día 25 de octubre, se acercaron á su palanquín gran número de chinos que, para darse á conocer, trazaron silenciosamente sobre su frente y sobre su pecho el signo de la cruz; y añade el viejo diplomático, presa de una emoción que ha hecho mal en querer disimular: «Sentíme profundamente conmovido... y no me atrevo á decir que algunas lágrimas muy dulces acudieron á mis ojos (5).» A quienes en esta humilde y expresiva forma reconocían el patronato de Francia, convenía darles una prenda solemne de protección. La antigua catedral de Pekín, construída por los portugueses en tiempo de las primeras y florecientes misiones, estaba aún en pie, pero mostraba las huellas lamentables de los ultrajes de los perseguidores y de tan largo abandono: las ventanas estaban rotas, muchos lienzos de pared amenazaban ruina, las mismas puertas estaban obstruídas por las piedras, y los arbustos y espinos habían crecido en su recinto hasta convertirlo en enmarañada maleza. Pues bien, los franceses resolvieron celebrar en aquella iglesia los misterios cristianos, á cual efecto encargóse á los zapadores que quitasen los escombros, procediesen á ejecutar las obras más urgentes y reparasen hasta donde pudieran en tan corto número de días las injurias del tiempo y de los hombres; y aquellos soldados, con un celo piadoso que nadie habría esperado de su habitual indiferencia, hicieron más de lo que se les había mandado, pues animados sin duda por el recuerdo de su madre ó de la iglesia de su pueblo, se ingeniaron para adornar el santuario, erigir trofeos, cubrir la desnudez de las paredes y sobre todo reponer la cruz en el frontón como testimonio de la libertad re-

(5) *Journal*, pág. 163.